

en absoluto, nada de lo que sus políticos sienten. Y si estos políticos son la voz de la Corona, la Corona y el pueblo no sienten lo mismo. Son dos polos opuestos. Son dos sentimientos distintos. Son dos líneas divergentes. Son dos visiones distintas de la realidad.

En este momento, en que vemos cada pueblo europeo representado por sus espíritus superiores, en una perfecta solidaridad gobernantes y gobernados, el mayor dolor de España es esta diferencia, este divorcio. El mayor dolor de España es este desconocimiento que los gobernantes tienen de los intereses y de los ideales de los gobernados. Es esta desconfianza con que los gobernados miran a los gobernantes. Incompetencia en los de arriba: desconfianza en los de abajo. ¿Quién levanta esto?

DESARRAIGADOS

¿Quién no recuerda el espectáculo en aquéllos primeros días de la guerra? Millares de familias obreras españolas volvían de Francia. Volvían del lugar de la guerra, para reintegrarse a su patria. Bajo el cielo de Francia habían hallado pan y trabajo y libertad. La guerra, parando las obras, deteniendo la vida de Francia, las echaba a la calle, las devolvía a su patria. Y a su patria, a España, volvían con el alma en pena. ¿Qué les sucedería al llegar aquí? ¿Seguiría siendo España la tierra que abandonaron porque daba pocos jornales; porque los jornales que daba eran bajos; porque no había leyes protectoras del obrero; porque estaban más elevados que en ningún otro país los artículos de primera necesidad; porque no había ni retiros para los viejos, ni seguros para los enfermos, ni escuelas para los niños? ¿Seguiría siendo España la España de siempre?

Saltaron las fronteras. Eran millares de hombres, de mujeres, de niños. Llegaron en tropel a Barcelona. Y el primer cuidado, la primera previsión del Gobierno, fué disponer trenes que los condujeran a sus respectivas provincias. Y no en trenes ordinarios ni en vagones de tercera, sino en trenes especiales y en vagones de mercancías, cargaron a los que se repatriaban por fuerza. ¿No vistéis en los primeros días de Agosto, detenidos horas y horas en las estaciones aquellos trenes largos, con vagones de mercancías abiertos y asomando por las puertas de ellos unas caras sucias, tristes, doloridas; tendidas, dentro del vagón, las mujeres; arrumbados en un rincón, escondida la cabeza entre las manos, los viejos, los inválidos? Nó era el tren alegre del soldado que viene de la guerra, o del bracero que se va a la siega. No. Era un tren silencioso, trágico, del que no salía una voz, ni una risa, ni un canto, ni un rasgueo de guitarra. Ofrecía la visión de una de estas conducciones de prisioneros que luego, ya en el hervor de la guerra, nos describe Gómez Carrillo. No parecía un tren de españoles que volvían a

España. Parecía más un tren de enemigos de España condenados a pasar por España y a morir en España.

¿Qué hallaron, qué han hallado en su patria esos hombres? La promesa hecha por el gobierno de realizar inmediatamente una serie de obras, reprimió sus primeras angustias. Tendrían trabajo. No ganarían lo que ganaban en Francia, pero podrían trabajar. No comerían como comían en Francia, pero no morirían de hambre. La promesa del Gobierno no ha sido, sin embargo, una realidad. Ha pasado un mes y otro mes y otro mes y las obras no han comenzado. Al contrario. Se han parado obras empezadas antes de la guerra. Se han cerrado fábricas. Se han suspendido muchas labores del campo. Se han reducido el número de jornaleros y se ha rebajado el jornal en muchos talleres. Aquél presentimiento de Salandra de que la guerra fomentaría la riqueza de los países neutrales, ha sido una verdad para todos los países neutrales menos para España. España es más pobre hoy que antes de la guerra. España trabaja menos hoy que antes de la guerra. España rotura me-

nos tierras hoy que antes de la guerra. España produce menos hoy que antes de la guerra. España es el único país neutral que ha escondido la cabeza y se ha plegado de brazos frente a la guerra. España es el único país que no ha sabido aprovechar su posición de país neutral en beneficio de los propios intereses españoles. España es el único país que no ha sabido convertir esta situación de paz en una fuerza de ascensión.

* * *

De agosto a marzo han pasado muchos meses y muchos días. Meses y días en que los repatriados han gastado los ahorros, han gastado el crédito, han vendido cuanto tenían, han comenzado a sentir hambre. España, su patria, era la misma de siempre. Nada la cambiaba. Nadie la transformaba. Continuaba teniendo miseria en los campos y continuaba teniendo abarrotados de oro los fosos del Banco de España. Continuaba no teniendo escuelas, ni caminos y continuaba teniendo la guerra de Africa. Continuaba negando dinero para obras públicas y continuaba dan-

do dinero para escuadras, para generales, para derechos pasivos, para obispos... Continuaba siendo la España de la franquachela, de la incultura, del despilfarro, de los estadistas imbéciles, de los reyes cazadores, de los grandes dividendos, de los toros, del hambre... ¿Qué hacer?

Los repatriados, los que traían nuevamente a la patria la ofrenda de sus brazos, al primer aviso que han recibido de Francia, han dispuesto el atillo y han clavado con deseo de huir, de desarraigarse de aquí, sus ojos en las tierras que hay más allá de la frontera; en las tierras que ya no son tierras de España. Los habéis visto estos días en los trenes, por los caminos. Van en grupos de diez, de quince, de veinte, de cien. Son los mismos que en agosto volvían tristes, trágicos. Los mismos que hoy se van alegres, jubilosos. En agosto venían tristes, porque sabían que esto, aún en paz, era hambre, holganza, iniquidad, injusticia, esclavitud. Ahora se van alegres porque saben que aquéllo, aún en guerra, es pan en la mesa, es trabajo, es libertad, es dignidad humana. Venían a su patria, tristes, amargados. Mar-

chan de su patria alegres, llenos de esperanza.

¡Qué dolor de España! ¡Qué dolor ver como se van desarraigando de España estos hombres que son los que valen más de España, lo único que vale de España! ¡Qué dolor ver el separatismo espiritual de estos españoles que entienden ya más el francés que el español, que conocen ya más Francia que España, que se duelen ya más de las penas de Francia que de las penas de España, que hablan de Francia con amor y de España con odio, que se sienten ya más hijos de Francia que hijos de España! ¡Qué dolor! Por no haber sabido España retenerlos ahora, con trabajos, con leyes protectoras, los perderá para siempre.

SOLUCIONES DE UN MAL GOBIERNO.—MENOS CARIDAD Y MAS JUSTICIA

Los hemos visto en Barcelona. Estaban frente a la estación de Francia, en campamento, ocupando las calzadas del paseo de Colón. Eran los inmigrantes; los españoles que se fueron de España hace uno, dos, tres meses, uno, dos, tres años, porque en España había hambre; que han vuelto a España, a su patria, forzosamente, por necesidad, porque más allá de España, donde trabajaban ahora ellos, hay guerra.

Llevan el sello del dolor en el semblante, en el gesto, en el porte, en la actitud que guardan. Son, en estos momentos que nuestros ojos se posan sobre ellos, más de mil, más de dos mil. Son hombres, mujeres, niños. Unos hombres huesudos, cenefios, con el pelo de la barba sin afeitar, con el cabello largo, sobre la frente, comiéndoseles la cara. Unas mujeres páli-

das, tristes, aviejadas, desgredadas, cubierto el cuerpo informe con unas ropas descoloridas, sucias, rotas. Unos niños entecos, pitañosos, escrofulosos, con una cabeza inmensa que derriba en los hombros; con unas piernas largas, sarmentosas. Son más de mil, más de dos mil. Y apenas se les oye. Los hombres, baja la cabeza, bajos los ojos, pasean a cortas zancadas, en cortos trechos: no hablan. Las mujeres, tendidas en el arroyo, sobre los sacos o las cajas que forman el equipaje, o duermen, o lloran, o permanecen estáticas, fija la vista en un punto donde convergen todos los pensamientos. Los niños, ahogados por el ambiente de dolor, de tragedia, no respiran.

Los hemos visto en el tren, amontonados en vagones de mercancías o en departamentos de tercera clase. Pasaban por las estaciones y no gritaban. No gritaban, como acostumbran a gritar el español siempre que va en rebaño. No gritaban, como grita el español hasta cuando va a la guerra. No gritaban. Contraídos los labios en un gesto de amargura, abiertos desmesuradamente los ojos ante los hom-

bres y las cosas, dejaban pasar, en silencio absoluto, una estación, otra estación, otra estación... Dejaban que el tren los devolviese a la tierra que, por falta de trabajo, abandonaron hace meses o hace años. Dejaban que el tren les devolviese a aquellas tierras de Cataluña donde la propiedad está repartida entre tres o cuatro señores; a aquellas tierras de Castilla, de Extremadura, de Andalucía, de Aragón, desoladas, yermas, sin un árbol, sin una casa, sin un camino, sin una gota de agua...

Dejaban, insensibles, que el tren que los apartaba de la tragedia de la guerra, los fuese acercando otra vez a la tragedia del hambre.

* * *

El Gobierno de España, temeroso por lo que puedan mover los brazos de estos hombres cuando se cansen de permanecer cruzados, ha ideado un remedio. Si estos hombres abandonaron la patria porque en ella no había trabajo, el remedio está, ahora que por necesidad se restituyen a ella, en proporcionarles este trabajo. Para ello, el Gobierno ha abierto un crédito de

12 millones de pesetas. Con estas pesetas, empleadas en construir caminos, carreteras, obras públicas, el Gobierno ofrecerá colocación a estos brazos inactivos. conjurará el conflicto, alejará el hambre, apartará el peligro. Con estos 12 millones se dará en España, en la patria, un jornal de dos pesetas a estos hombres que, fuera de la patria, ganaban cuatro pesetas, cinco pesetas. Con estos 12 millones de pesetas se les dará para poder vivir un mes, dos meses, un año, mientras dure la guerra, mientras pueda subsistir el peligro...

¿Y después? Cuando nuevamente se les abran las fronteras, cuando Francia les ofrezca lo que jamás su patria les ha dado, ¿veremos impasibles como de estas tierras de Cataluña, repartidas entre tres o cuatro propietarios; de estos campos de Aragón, de Castilla, de Andalucía, de Extremadura, sin un árbol, sin una gota de agua, huyen, con su mujer, con sus hijos, con su fuerza, con su alma, dos, tres, diez, mil hombres, que han nacido bajo el mismo cielo, sobre el mismo suelo que nosotros?

* * *

Estamos en paz. Mantenemos bien mantenida nuestra neutralidad. Quedan quietas, por fin, las valientes y desdichadas armas españolas. En esta lucha loca que, gane quien gane va a perder Europa, nadie nos inquieta, nadie nos amenaza. ¿Por qué, pues, en vez de una solución a esta tragedia del hambre en donde se ve más la caridad que la justicia, no se estudia otra solución en donde resalte más la justicia que la caridad? Dar dos pesetas, aquí, a un hombre que fuera de aquí gana cuatro y cinco, no es justicia; es caridad. Dar trabajo, sólo por excepción, por las circunstancias, no es justicia tampoco; es caridad. Es mala caridad.

El Gobierno, a interesarle más el porvenir de España, que su porvenir como Gobierno, habría buscado para estos grandes males los grandes remedios. Habría abierto las Cortes, escuchando, si para el conflicto no hallaba otra solución que la propuesta y aplicada ya, las soluciones que pudieran ofrecer otros partidos. Y aceptar y aplicar estas soluciones, vinieran de cualquier grupo político, si llegaban más a la raíz del mal; si eran solución,

no sólo para hoy, sino para siempre. El conflicto del hambre en España no lo crean estos trabajadores que emigraron y que ahora vuelven. No. El conflicto del hambre está en la causa que obligó a emigrar a estos trabajadores españoles. Y la causa son estas tierras de algunos pueblos de Cataluña repartidas entre tres o cuatro propietarios; son estos campos yermos de Andalucía, de Castilla, de Aragón, de Extremadura. Esta es la causa. Y porque es esta, el Gobierno, a querer soluciones de justicia y no de caridad, en vez de mirar lo que el Estado, sólo el Estado, podía hacer por los obreros, habría de haber visto lo que por los obreros, pueden hacer el Estado y los propietarios que monopolizan la tierra. Este era el momento indicado en España para una transformación radical en la propiedad del suelo laborable. Este era el momento indicado para expropiar estas zonas inmensas del suelo español, consiguiendo: 1.º que los productos de la tierra no beneficien en lo sucesivo—como sucede en algunos pueblos de Cataluña—sólo al que cobra el arrendamiento, sino que beneficie en primer lugar

y en más alta escala al que la trabaja, al que la cultiva; 2.º que éstas tierras yermas de Andalucía, de Aragón, de Extremadura, de Castilla, que no tienen derecho a poseer un día más los que así las han poseído, pasen a manos trabajadoras que las enriquezcan, que, en beneficio de España y en beneficio propio, las conviertan de estériles en productivas; 3.º que se contenga la emigración; que no se vuelvan estos hombres; que nazca desde abajo para la patria, un lazo cordial que hoy está completamente roto; 4.º que estos millones empleados en obras públicas pudieran destinarse a la obtención de semillas, de abonos, de instrumentos de trabajo; a préstamos a largo plazo y al más bajo interés.

¿Que todo esto es revolucionario? Si: revolución desde arriba. Sancionada por un Rey, la está realizando ya en Inglaterra un partido de Gobierno. Y la realiza en horas de tranquilidad, de paz continental cuando no hay apremios de tiempo, cuando no azota el hambre, cuando están las fronteras abiertas. Es la revolución desde arriba que, por instinto de conser-

vación, tienen que hacer las clases directoras en todo país si no quieren que sea un hecho la revolución desde abajo. En España la anunció como necesaria Maurra; la juzgó urgentísima Costa; la predicaban en formas más o menos embozadas todos los políticos. ¿No quieren realizarla en este momento supremo, trascendental, grave, de nuestra historia los hombres que nos gobiernan? Bueno. Den, si ven en ello el remedio, estas dos pesetas a los obreros españoles que, huyendo de la guerra, han vuelto a España, a su patria. Dénselas como caridad. Pero, vivan atentos. No despierte en el alma de estos obreros el convencimiento de que deben vivir aquí, de que hay medios sobrados para vivir aquí, de que no han de expatriarse mientras haya aquí tierras incultas, y en vez de volver a Francia a matar el hambre, decidan quedarse en España para buscar por la fuerza, la solución, no de caridad, sino de justicia, que por el derecho no se les ha querido dar.

EL PEOR HOMBRE Y LOS PEORES PROCEDIMIENTOS

Estamos en Barcelona. Por las Ramblas va y viene una multitud inmensa que habla, que ríe. Por el arroyo, corren, locos, los automóviles, los coches, los tranvías. Por la calle de Fernando, coronada de luces, transcurren lentamente centenares de personas que se detienen, unas después de otras frente a los escaparates llenos de joyas, o de juguetes, ó de adornos, o de manjares... Por la plaza de Cataluña, por la calle de Pelayo, por el paseo de Gracia, por la Ronda de San Pedro, pasean su belleza y su riqueza millares de mujeres. Todo es vida, todo es movimiento, todo es fastuosidad, todo denuncia superabundancia... ¿Hay miseria en este pueblo? ¿Hay alguien que no pueda comer; que no haya comido; que no tenga pan para dar a sus hijos?

En la plaza de San Jaime, frente al Ayuntamiento, hay diez, o doce parejas